II

La salvación de España.

Lo porvenir de España.

Trasladaremos aquí, á título de mera curiosidad, una de las muchas predicciones que nuestros amigos han tenido la bondad de darnos á conocer, y de las cuales ninguna hemos publicado por razones de prudencia. La que vamos á publicar nos fué comunicada á 26 de Abril de 1901 por un distinguido amigo y suscriptor nuestro, excelente católico español, y persona de mucha importancia en Matanzas (Cuba), donde reside. Fíjense bien nuestros lectores y verán que está absolutamente de acuerdo con todo la anunciado en *Luz Católica.* Dice así:

«Cuando estuve hace tres años en Lima, capital del Perú, donde aun vive el Sr. Obispo de Loja (desterrado), al tener la altísima honra de ser presentado á él en el convento de Descalzos Franciscanos, españoles casi todos, me dijo lo siguiente:

«Recordaba que un religioso de vida muy santa, que fué su confesor, y del que se está en la actualidad corriendo expediente de beatificación, le había manifestado, hace como cincuenta años, que España tendría *una guerra terrible y funesta con una nación poderosa, á fines del siglo últimamente pasado;* pero que EN LOS PRIMEROS AÑOS DEL NUEVO SIGLO, COMENZARÍA SU REGENERACIÓN, y había de llegar luego á ser LA NACIÓN MÁS PODEROSA DEL MUNDO.

«Tal vez haya usted leído en *El Siglo Futuro* una carta del Sr. Obispo de Loja dirigida al Sr. Nocedal, en la que felicita á este señor muy especialmente. De ahí deduzco que aun vive, y creo que tenga de unos 92 á 95 años en la actualidad. De él oí á varios religiosos decir que había obrado muchos milagros; y á la verdad, el estar en su presencia hace animar el espíritu de no sé qué santa confusión...»

Si el santo religioso profeta de quien aquí se habla, no es el Venerable Padre Coma, franciscano catalán, por lo menos sabemos que este Padre anunció algo semejante; y nosotros tenemos todo eso por absolutamente cierto que así ha de ser, aun prescindiendo de esta y otras predicciones.

(*Luz Católica*, núm. 49=5 Septiembre 1901).

¿Cuándo se salvará España?

Cuando un español por cada trescientos, animado de aquel espíritu que el gran profeta San Francisco de Paula descubrió en los Crucíferos que van á aparecer, diga sinceramente con San Pablo:

«¿Qué diremos ahora? Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no perdonó á su propio Hijo, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo, después de habérnosle dado, dejará de darnos otras cosas?

»Así, pues, ¿quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Acaso la tribulación, ó la angustia, ó el hambre, ó la desnudez, ó el riesgo, ó la persecución, ó el cuchillo? Cierto que padecemos todo esto, según está escritó, siendo entregados cada día á la muerte y tratados como ovejas destinadas al matadero; pero en medio de todas estas cosas triunfamos por virtud de Aquel que nos amó.

»Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni Angeles, ni Principados, ni Virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la violencia, ni cuanto hay de más alto ó de más profundo, ni otra criatura alguna podrá jamás separarnos del amor de Dios que se funda en Jesucristo Señor nuestro». (Rom. VIII)».

Cuando un español por cada trescientos, repetimos, esté animado de este espíritu como está el pequeño ejército de la Cruz que se forma, España se salvará y por ella se salvarán todas las naciones.

Uno por cada trescientos, sumarían unos sesenta mil... Menos bastan; los 300 de Gedeón; pero quiere el Señor que esta restauración sea obra de muchos más, ya que muchos más son los culpables.

(*Luz Católica*, núm. 71=13 Febrero 1902).

La Fe nos salvará.

«El Señor, fué dicho á Elías, se reservará en Israel siete mil varones que nunca doblaron su rodilla ante Baal».

Paréceme que no á todos los que blasonan de católicos agradará la aplicación que hacemos de estas palabras. ¿No ha de haber en España más que siete mil católicos, cuando hasta el *h.·. Paz* se proclamaba en pública sesión del Congreso «más católico que Mella»?

No vamos á discutir sobre el número de católicos; pero si por diez justos hubiera perdonado el Señor á la inmunda Sodoma, por la que Abraham rogaba, raro es que no perdone ya á esta España donde tanto abundan los «justos» ó los «buenos católicos». Además, recordamos que, de tantos millares de combatientes como se unieron á Gedeón contra Madián, sólo trescientos fueron hallados aptos para el combate.

El Apóstol no osó decir que hubiese en su tiempo siete mil varones fieles como en el de Elías. «Se han salvado de la corrupción, dijo, *algunos* que fueron reservados por Dios». Menos osaremos nosotros aumentar en España este número: *algunos*...

Es más; tal costumbre hay de olvidar en la vida práctica el Gobierno de la divina Providencia, que hasta los mejores dudan y preguntan como Marta, quizá juzgándose cada uno tan solo como Elías: «Señor, ¿por qué no reparas que mi hermana me deja sola en las faenas de casa?»

Falta de fe parece suponer esta pregunta. Dios repara en eso y en todo, y lo dispone todo, y lo gobierna todo. La respuesta del Salvador es una reconvención: «¡Marta, Marta! María escogió la mejor parte, y no le será quitada».—«Se han salvado algunos que fueron reservados por Dios...» *Tampoco á estos les será*

quitada su parte: la fe de Abraham recibirá su premio, como el suyo la de María.

Pero malgastan los católicos su tiempo y sus energías en discutir si ha de ser así ó asá, si han de creer tanto ó cuanto, si han de buscar vida en este ó aquel remedio, si han de unirse en ó con estos ó los otros... *Litigabant ergo judei:* análoga era la polémica de los judíos acerca de la vida espiritual que prometía el Redentor á los participantes de su Cuerpo y Sangre. Sin embargo, Jesús no quiso darles explicaciones, que bastantes había dado ya; lo que hizo fué amenazarles por su falta de fe diciéndoles: «Si no comiereis, no tendréis vida».

Debiéramos temblar ante esta amenaza que abarca más de lo que suena la letra. «No sólo de pan vive el hombre», dijo el Salvador. «El justo vive de la fe», dijo el Apóstol. De la fe vivió y ha de vivir España, de la fe con obras, porque «la fe sin obras está muerta».

¿Que hay en España millares de creyentes? Es verdad, y no sólo millares, sino millones; pero ¿y las obras? No se repara que la fe de casi todos ellos no es según Dios, sino según la propia voluntad. Creen por seguir la corriente, por el *qué dirán*, por costumbre de familia, por interés propio, por... ¡qué sé yo! Cuando llegue el día del gran castigo, no nos ha de salvar esa fe, porque nada más que nuestra voluntad hallará Dios en lugar de la fe verdadera. *In die judicii vestri invenietur voluntas vestra.* Aunque, á decir verdad, estamos ya juzgados, la sentencia está dada, y su inminente ejecución será terrible. *Qui non credit, jam judicatus est.*

Y ¿por qué en esta Patria infortunada hay tanta falta de fe activa? Buscad la razón en el maldito liberalismo, que á todos ha inficionado más fácilmente que el arrianismo en el siglo IV, y sabréis que, si las verdades ya no se creen, ó si se creen á medias, que tanto vale como no creerlas, es cabalmente porque

son verdades, pues hoy ya no se cree más que la mentira: hemos vuelto al tiempo de los fariseos. «Si os digo verdad, no me creéis», decíales Jesús; lo cual el doctísimo Maldonado interpreta de este modo:

«No me creéis, y es porque no miento como el diablo vuestro padre; sino porque os digo la verdad. Si os dijera mentira, me creeríais, pues acostumbrados estáis á creer en las mentiras del diablo».

¿Lo aseguran los incrédulos? Luego es mentira.—¿Lo niegan? Luego es verdad.—Esta era antiguamente regla de criterio, que hoy se ha trocado de este modo: ¿Lo dicen Dios ó sus siervos? Pues es mentira, ó por lo menos es dudoso.—¿Lo dicen los liberales? Pues trazas lleva de ser verdad.

Casi todos los «católicos» de fe sin obras se atienen prácticamente á esta regla. Por dudar de todo, hasta de la presciencia de Dios dudan muchos que pasan por buenos católicos, puesto que se ríen de toda profecía, y hasta las canónicas ponen en tela de juicio, particularmente el Apocalipsis: decimos lo que mil veces hemos oído.

Y con todo esto, los tales son como Balam; no creen á Dios y acaban por creer á una pollina; desconfían de los profetas y de los Santos y se van á consultar á una pitonisa como Saúl el reprobado; búrlanse de profecías y dogmas, y siguen como borregos el dictamen de cualquier cabecilla de partido. Permítannos que les traigamos á la memoria el castigo de aquellos rapaces de Samaria que se burlaban de Eliseo en cuanto á Profeta: fieras del bosque se precipitaron sobre ellos y los devoraron, anegando en sangre las burlas.

En verdad, algunos empiezan á ver; pero como el ciego del Evangelio, ven todavía muy turbio: *video homines sicut arbores ambulantes*... No basta eso, no, ni basta siquiera la fe de la mayoría de los católicos: es necesario que haya más fe, mucha más fe, que

sólo la fe puede salvarnos. Por algo profetizó San Vicente Ferrer que «el príncipe de los pequeños,—de los que han de obrar la restauración,—*demostrará el esplendor de su fe*».

«La fe ha de salvar á España», decía y repetía el gran Aparisi Guijarro.

(*Luz Católica*, núm. 24=14 Marzo 1901).

«Reinaré en España.»

¿Por qué el Sacratísimo Corazón de Jesús prometió, apareciéndose al V. Padre Hoyos, que reinaría en España, distinguiéndola con predilección entre las demás naciones?

«Las cosas invisibles de Dios, dijo el Apóstol, se hacen visibles por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas». Según este principio, la historia sirve para conocer la economía del gobierno de la divina Providencia en los hombres, filosofando á la luz de la Fe; y por la misma razón, el criterio católico filosófico puede rastrear la razón por qué el Señor distingue á un pueblo, predestinándole para una misión especial.

Así, pues, no nos sería muy difícil descubrir algunos de los motivos por qué el amantísimo Corazón de Jesús prometió que reinaría en España con predilección; pero preferimos que sean nuestros mismos lectores quienes filosofen sobre este punto, porque más convence á cada uno la verdad hallada por él mismo que la que otro le descubre. Nos concretaremos, pues, á suministrar ligeramente algunos datos que sirven para filosofar sobre la materia, demostrando que siempre dispensó el Señor cierta predilección á nuestra amada Patria.

Tenemos por fundadísima opinión la de que el Paraíso terrenal era el país que luégo se llamó *Iberia*, después *Coltchida*, hoy *Armenia*. Allí nació el género

humano. De allí vinieron á España tribus que la poblaron muy pronto, y de ellos tuvo por nombre *Iberia*, así como su río principal *Ibèro*.

No menos fundada nos parece la opinión de que el *Reges Tharsis et insulae munera offerent*, de David, se refiere al Tarteso de Andalucía, entonces población importantísima, y á las demás regiones españolas. Ello es que está fuera de duda que gran parte del oro y plata reunido por Salomón para la edificación del Templo procedía de España, con la cual sostenían un comercio muy activo Tiro y Sidón. Los Macabeos hablan de «las cosas grandes acaecidas en España»; y mucha debía ser entonces la importancia de esta nación, cuando Nabucodonosor, según otra opinión que no puede sólidamente ser impugnada, llegó en una expedición hasta Toledo, dejando allí gran número de judíos que llevaba cautivos desde Babilonia.

Formaron éstos en Toledo una Sinagoga, tan ilustre y sabia como la de Jerusalén; y al empezar Jesucristo su evangelización, fué aquélla consultada por ésta sobre si Jesucristo sería realmente el Mesías. La respuesta de la Sinagoga toledana, según antiquísimos autores, fué que realmente lo era.

Así, pues, los españoles fueron los primeros que reconocieron la divinidad de Jesucristo; y por añadidura, reconociéronlo igualmente el Centurión en el Gólgota, que era español, y la mujer de Pilatos, que también lo era.

Según San Agustín, los cántabros adoraban la cruz de tiempo inmemorial y creían en un solo Dios; y esos mismos cántabros se mantuvieron durante siglos en guerra contra Roma, hasta que fué necesaria la paz universal para el nacimiento del Mesías. Entonces se sometieron, y con este memorable acontecimiento empezó la *Era Hispana*, precursora de la Era de Cristo.

Murió el divino Cordero para redimirnos, y poco después San Pedro recibió del cielo orden terminante

de admitir en la Iglesia al Centurión Cornelio y su familia y servidumbre, todos españoles; de suerte que fueron españoles los primeros bautizados no pertenecientes al antiguo pueblo de Dios.

La esposa del *Zebedeo* pidió á Jesucristo que en su reino hiciese sentar á los dos hijos de ella, uno á la derecha y otro á la izquierda; y aunque el divino Maestro respondió que eso no podía concederlo él, afirma Santo Tomás de Villanueva que se lo concedió místicamente, porque á San Juan se le encargó el cuidado de la Virgen María y la primacia del Asia, que está á la derecha de Roma ó Sede de la Iglesia, y á Santiago España, que está á la izquierda.

Recorrieron todos los Apóstoles países inmensos; sólo estos dos se ciñeron á pequeños territorios. Santiago se consagró á España sola, privilegio muy grande si se tiene en cuenta que era primo hermano de Jesucristo, según la sangre. Para morir mártir salió de España; pero á España volvió su cuerpo por medio de un estupendo milagro.

Pareció pocó al Señor que viniese su primo Santiago, y luégo vino su divina Madre en carne mortal, prometiendo que la Fe viviría siempre en España hasta la consumación de los siglos. Luégo nos visitó San Pablo; y según varios autores, el mismo San Pedro.

Ningún pueblo de la tierra puede gloriarse de otro tanto, ni de la mitad siquiera; pero aun hay más.

La nación que cuenta con más santos en el Martirologio, es España; la nación que tiene más templos, más advocaciones de la Virgen María y más nombres de santos en sus calles, caminos, edificios, etc., es España; la nación destinada á quebrantar el poderío de la Media Luna, es España; la nación que estuvo siempre en guerra con las herejías y las sectas, y la que abatió más veces las armas de los herejes, es España; la nación que tuvo mayores sabios, mayores artistas, mayores capitanes y conquistadores, es España; la

nación que tuvo el imperio más vasto que hubo en el mundo, es España; la nación que atendió al despreciado Colón y le dió medios de descubrir las Américas, es España; la nación que, si alguna vez padeció herejías importadas, ninguna original vió surgir en su seno, es España; la nación más creyente, más belicosa, más grande en todo, es España.

Más aún: España es la única que ha merecido de la Santa Sede el título de Católica, desde que el Vicario de Jesucristo llamó Católicos á nuestros Reyes Isabel y Fernando; y España la única que ha trabajado eficazmente en que sus reyes fueran en todo semejantes al divino Rey, sobre lo cual decíamos no ha mucho en un estimado colega, fundándolo en notables razones:

«Cuadra mejor á un rey español que á otro cualquiera la semejanza con Cristo Rey. De lo cual han sido siempre tan celosos los estadistas y políticos de la España tradicional, que en ningún otro pueblo se han ejercitado tantos y tan ilustres ingenios en publicar libros y tratados para instrucción y edificación de los príncipes, partiendo todos estos autores de las bases de gobierno sentadas por Cristo Rey, para darles la aplicación que los destinos, historia y carácter de España reclamaban».

Bien podemos enorgullecernos santamente de ser españoles; que si hoy se menosprecian tantas glorias y estamos casi anonadados, el Corazón de Jesús prometió que reinaría en España, y por lo tanto es infalible que España se regenerará y volverá á ser grande, más grande que en lo pasado. Los hombres previsores lo comprenden y afirman, los profetas lo anuncian y Dios mismo nos lo promete.

(*Luz Católica*, núm. 89=19 Junio 1902).

En la cumbre del *Tibidabo*, según la terminante profecía de Dom Bosco, que así lo predijo hace unos doce años, se ha colocado la primera piedra del magnífico y grandioso templo que en honor del Sagrado Corazón de Jesús se ha de construir.

Asistieron al acto el Emmo. Cardenal Casañas y los Rdos. Obispos de Lérida y Solsona. Estuvieron representadas todas las Asociaciones y Congregaciones religiosas de Barcelona y acudió un concurso de gentes extraordinario.

Esta fiesta en la cumbre del Tibidabo hará época en los gloriosos fastos de la Ciudad Condal, y demostrará una vez más que, si Barcelona es la primera ciudad de España en el desarrollo de la riqueza pública, marcha también á la cabeza de todas en el desenvolvimiento moral y religioso.

¿Si será verdad que Barcelona ha de llegar á ser, no sólo eso, sino también el futuro centro político é industrial del mundo? Tantas vueltas da la historia, que no nos maravillaría, y por otra parte, Barcelona lo merece.

(*Luz Católica*, núm. 119=15 Enero 1903).

III

Apuntes de historia (1).

La vocación de España con relación á la Santísima Virgen.

I.—Habían recibido ya los Apóstoles el Espíritu Paráclito; iban á dar cumplimiento á la profecía del Vate Real llenando la tierra con su palabra y haciendo llegar su sonido hasta los confines del orbe.

Reunidos entonces para formular el credo que predicar debían, cada uno iba pronunciando una de las cláusulas ó dogmas que le constituyen.

Llegado el turno al Apóstol que debía verificar la unión de la gran izquierda con la derecha santísima, esto es, de España con María, dijo:

Fué concebido por obra del Espíritu Santo; nació de Santa María Virgen.

Definiendo así los dogmas del credo católico referentes á la Virgen Santísima, demostraba el carácter de su misión en España; manifestaba que España sería la primera nación en obsequiar á la Madre del Concebido por obra del Espíritu Santo, así como él era el primero en definir este dogma; evidenciaba el favor especialísimo que nos dispensaba la Virgen, inspirando la declaración de su Maternidad Divina al Apóstol precisamente que bajo su protección debía evangelizar la España y consagrarla á su amor fecundo.

Los sucesos vinieron á confirmarlo muy pronto.

Refiere un antiguo códice membranáceo del archi-

(1) Considerando que tal vez pocos lectores de esta *Apología* poseerán todo cuanto hemos escrito sobre la materia de este capítulo, en gracia de ellos tomamos de diferentes obras nuestras los artículos siguientes.

vo del Pilar de Zaragoza, que al tiempo de recibir la bendición de María para venir al extremo Occidente, Santiago tuvo el consuelo de oír estas palabras de boca de la Señora:

«Vé, hijo, cumple el mandato de tu Maestro. Por Él te ruego que me erijas un templo en España, en la forma que yo mismo te daré á entender más adelante».

Pasó algún tiempo, muy poco, y un Apóstol oraba ya con sus discípulos en las márgenes del Ebro, junto á Zaragoza. Allí se le apareció la Inmaculada Virgen, en cumplimiento de su promesa, y entregándole su propia imagen y empeñando su maternal palabra de que el Pilar permanecería incólume hasta el fin de los tiempos y nunca faltarían en España verdaderos adoradores.

Agradecida, en efecto, la divina Protectora al amor con que la recibieron nuestros primeros creyentes, hizo que España fuera desde luego la admiración de todos los pueblos de la tierra, los cuales, atónitos, contemplaron la rápida y universal conversión de los iberos á la fe cristiana.

Ninguna nación respondió tanto y tan pronto como España al llamamiento de Dios y al amor de María. Legiones de creyentes salieron de las entrañas del paganismo, y el culto de la Virgen fué abrazado calurosamente en toda la extensión de la península.

Cuando casi todos los países yacían aún sumergidos en la abyección pagana, «cuando las Galias—decía Tertuliano—sólo contaban algunos pueblos creyentes en Cristo, *Hispaniarum omnes termini*, todas las partes de España gozaban ya de la luz evangélica».

Es decir, que por la Virgen fueron desde luego los españoles hijos de Dios, dando ejemplo á las demás naciones y colocándose al frente del movimiento cristiano, si no es que al frente estuviesen desde que el centurión Cornelio fué el primer pagano llamado á la fe.

A la vez que los españoles eran los primeros en declararse discípulos del Crucificado, eran también temporalmente los maestros y señores de los hombres. La Virgen, derecha de la Iglesia, había de preparar la izquierda, todavía débil, para ejecutar de común acuerdo los trascendentales hechos dejado por Dios á cargo suyo y de España; y nos preparó, haciéndonos dominar al mundo como señores y maestros.

España, tratada en un principio al tenor de tantas provincias esclavas de Roma, dió á ésta el primer Emperador y el primer Cónsul extranjeros, el fundador de la primera universidad de estudios, los primeros maestros de elocuencia, los primeros astrónomos y geógrafos del Lacio, los primeros que obtuvieron los honores del triunfo y la corona de oro, y en fin, los que por otros varios conceptos dieron al nombre romano gloria inmensa, nunca hasta entonces conquistada.

II.—Los grandes sabios y los sorprendentes santos que ilustraron la España de los primeros siglos cristianos, Pastores los más de aquellas diócesis cuyo número era muy superior al de ahora, en la devoción á María bebieron la humildad prodigiosa que les indujo á ocultar sus talentos á las generaciones venideras, las cuales muy poco saben de sus escritos; pero allí cobraron también la intrepidez sin igual con que desafiaron la crueldad y la saña de los Césares romanos y colocaron á España, por el número de sus mártires, á la cabeza de las naciones cristianas.

Los romanos pudieron arrebatar nuestra independencia política antes de Jesucristo; pero después que María nos le dió á conocer, no pudieron arrancarnos la fe católica. Lejos de eso, como en justo premio de los tormentos sufridos por aquella infinita pléyade de Mártires cuya gloria excede en mucho á la de otras naciones y cuya corona fueron, bajo Diocleciano, las heroínas Justa, Rufina, Paula, Leocadia, Eulalia y Vic-

toria, con los invictos Lorenzo, Narciso, Justo, Pastor, Valerio, Vicente, Ciriaco, Acisclo y los Innumerables de Zaragoza ya nombrados, lejos de arrebatarnos la fe católica, repetimos, nuestra fe católica fué la que cortó el vuelo de las águilas de Roma pagana, haciéndolas caer de golpe al suelo y relegando al campo de lo pasado el imperio universal del paganismo.

Nada hay aquí de exageración. España, por medio del gran Obispo de Córdoba, de aquel Osio cuya vida es la historia de toda una época de gloriosa lucha, ejerció un poderoso ascendiente en el ánimo de Santa Elena y en el de su hijo Constantino, de quien Osio era maestro y consejero, preparándole para recibir del cielo el aviso de su victoria universal y decidiendo su fe vacilante, hasta conseguir que el Lábaro de la Cruz tremolase sobre el Capitolio, por la conversión del Emperador y del mundo.

Siendo Osio el inmediato autor de tan gran mudanza, bien puede España atribuirla á sí misma como una de las mayores glorias concedidas por María su Protectora.

Fruto de la misma protección fué que muy poco después, representada España por el mismo Osio y otros insignes españoles, presidiese el Concilio de Arlés contra los donatistas y enseguida el ecuménico de Nicea, asamblea de Santos la más respetable que nos presenta la historia antigua.

Allí el gran Osio, humillando los embates del arrianismo, abordando las más árduas cuestiones y redactando aquel grandioso símbolo de fe que desde entonces forma parte de la santa Misa, hizo que España, por medio de él y de sus compatricios, fuese la que dictaba al mundo los verdaderos dogmas de salud contra los cuales había de estrecharse en todo tiempo la herejía.

Una de las varias evoluciones del arrianismo reclama nuevo concilio en Sárdica, y allá va Osio con sus

compañeros españoles á presidir, para que Paulo Samosateno caiga condenado y el gran Atanasio se levante victorioso.

El arrianismo, no obstante, se propagó con la rapidez de las sombras que suceden al crepúsculo de la tarde; pero en el mismo Osio, tan benemérito de la verdad como calumniado de herejía, en el muy sabio y heróico S. Gregorio Bético y en otros muchos y notables obispos españoles que de nuevo hicieron valer su ciencia y su energía en el Concilio de Rímini, en el destierro y en todas partes, encontró—según testimonio del gran Atanasio en su historia de esta herejía,—adversarios terribles contra los cuales se embotaron sus dardos envenenados.

Y era que la Virgen nos protegía con toda la eficacia de su maternal solicitud contra la herejía grosera que pretendía arrebatarle los honores de su Maternidad divina rebajando á Jesucristo.

Nueva herejía, aborto de Macedonio, vino á turbar después la Iglesia Católica blasfemando del Hijo y aun más del Espíritu Santo, y por consiguiente de la Madre y Esposa; y España fué tambien la llamada á desvanecer como leve humo esta herejía.

El emperador español Teodosio el Grande, aquel emperador que en su ley *Cunctos quos* mandó dar á los fieles el dictado de CATÓLICOS que hoy tanto nos enaltece, hizo convocar un Concilio en Constantinopla para proscribir la nueva herejía; y el Sumo Pontífice español S. Dámaso, faro espléndido de su siglo, dió á este Concilio carácter de ecuménico.

Completando el símbolo de fe que Osio había redactado en Nicea, para honor eterno de la Santísima Virgen, fué formulado por el nuevo Concilio el *Incarnatus* tal cual hoy se reza.

San Dámaso y Teodosio repartíanse entonces el imperio espiritual y temporal del mundo, secundando mútuamente sus heróicas y trascendentales empresas.

Fervientes á porfía en obsequiar á la Virgen, ambos lucen como espléndidas lumbreras en el cielo de la España mariana.

Bajo la protección de María y con la ayuda de su insigne compatriota Cinegio, Teodosio obtuvo tantas victorias cuantas batallas dió al enemigo.

No hubo quien se resistiese al empuje de su potente espada. Venció á los Hunnos y derrotó á los Godos, que después habían de devorar su cara patria, merced á la debilidad de emperadores que en ella no nacieron, y consiguió, en fin, que la tierra se postrase muda en su presencia, como cantó Rodrigo Caro.

Efecto de su gratitud al favor de la Virgen fueron la célebre *Gismaniah*, ó sea la grandiosa basílica con columnas de mármol que hizo edificar sobre el Sepulcro de la Señora, y otros templos que le erigió en Constantinopla y fuera de ella.

Mientras de esta suerte honraban los españoles á su Virgen fuera de su patria, dentro de ella crecía el amor como inmensa llama que eleva al cielo sus ardientes lenguas.

El obispo Olimpio, por S. Agustín canonizado y puesto al nivel de los Ireneos, Ciprianos, Hilarios y Ambrosios; S. Paciano, también eminente Padre de la Iglesia; S. Paulino de Nola, español por vínculos, por afición y por vecindad ya que no por nacimiento; Juvenco, presbítero, el primer poeta que consagró su númen al Evangelio, cantando las grandezas de la Madre al par de los misterios del Hijo; Prudencio, el poeta celebérrimo cuya inspiración sublime eclipsó á todas las musas cristianas de la Edad Media, y otros muchos que descollaron asombrosamente en la Iglesia de España, fueron la personificación del amor ardiente que aquel pueblo profesaba á su celestial Protectora: y las vírgenes consagradas á Dios y los austeros cenobitas que en España aparecen ya desde los albores del siglo IV, presididos estaban en sus vigilias y mace-

raciones por la que es Madre de toda pureza y encanto de la soledad.

III.—Pasado, pues, el invierno de la tribulación, como flores de una perpetua primavera levantáronse erguidos los templos de la arquitectura cristiana con sus líneas dirigidas al cielo, sus torres que semejaban suspiros del alma que sube á solazarse en Dios y su Madre, sus cúpulas aéreas figurando la bóveda celeste que nos cobija, sus agujas como flechas de amor disparadas del hombre á Dios, y, en fin, sus majestuosos adornos del paganismo ignorados, pero de los españoles más conocidos que del resto del mundo, como que España parecía inspirar su arquitectura sagrada en el pensamiento de la Reina de las bellezas que dominaba todo su ser, y á la cual consagraba la mayor parte de sus templos.

Donde quiera que España tuviera una agrupación de casas, allí desde los primeros siglos se honró á María dedicándole altares, capillas ó iglesias. Sola España, según graves testimonios, llegó á consagrarle más altares que todo el conjunto de las otras naciones que con ella formaban el mundo conocido.

¿Qué importaba, de consiguiente, que las hordas salvajes del Septentrión, invadiendo nuestro suelo como impetuosa avalancha, derribasen todo lo existente como derriba el segador los cereales?

Aquellos bárbaros vinieron acostumbrados á la veneración en que de tiempo inmemorial había tenido el Norte á las Vírgenes del Fresno, árbitras de los destinos humanos, y á las Vírgenes Blancas que, vagando de día sobre los lagos en forma de vaporosa niebla, amenizaban el crepúsculo de la tarde cantando himnos rúnicos sobre las tumbas de los valientes, y sentábanse de noche á la sombra de los pinos para influír desde allí en las vicisitudes de la guerra.

Vinieron imbuídos también del culto que se tributaba á Gesiona, la protectora de las jóvenes castas;

á Falla, la de rubia cabellera prendida con lazos de oro; y á otras poéticas hadas que la fantasía de aquellos pueblos supersticiosos creaba ó admitía á medida de sus necesidades de placer, ternura ó belleza.

Empresa, pues, no difícil era que, como los griegos en su Panagia, encontrasen aquellos pueblos en María todo lo bello que atribuían á sus fabulosas hadas; y á las vírgenes que desde el Fresno repartían los destinos, substituyese la Virgen protectora que desde el cielo sonríe á sus amantes; á las vaporosas Vírgenes Blancas, la Virgen cuya pálida imagen es la sonrosada aurora; á la protectora de las jóvenes castas, la Virgen que de la castidad es Protectora y Madre; á la diosa de rubia cabellera, la Virgen que con uno de sus dorados cabellos aprisionó el corazón del Esposo; y á todas aquellas ridículas divinidades femeniles, la Virgen Madre de Dios, que ante el trono de su Hijo deposita las oraciones y lágrimas de sus devotos y solícita les favorece en todos los trances de la vida, dejando sentir su amable protección, así sobre la humilde choza, como sobre el alcázar más espléndido.

¿Qué importa, repetimos, que estos bárbaros y sus sucesores abrazasen el pendón arriano y declarasen guerra al dogma católico?

María velaba sobre su pueblo: el pueblo de María, por consiguiente, seguro era que no renegaría de su fe.

Si María estaba con España, ¿quién podía descatolizar á España?

Sufriremos el yugo invasor—dijeron nuestros padres,—y si Roma imperial no ha sabido defender sus provincias, el pueblo de la Virgen defenderá su fe hasta convertir á sus tiranos en verdaderos españoles y amantes de la Siempre Pura.

Dada esta consigna, aparecieron de improviso grandes y no pocos siervos de María destinados á la salvación de España y á la conversión del godo.

Orosio, Bachiario, Idacio, Salustio, Apringio y

Profuturo, con los cuatro hermanos Justo, Nebridio, Justiniano y Egidio, obispos todos; y los santos Toribio, Millán, Laureano, Victorián, Martín, Donato, Claudio de León y no pocos más, fueron la avanzada de la fe en aquella época de relajación y de ignorancia universal.

Atentos siempre al inmaculado honor de su Virgen Protectora, á pesar de la bárbara invasión, llevan hasta el Asia la influencia de su fe en los misterios de la divina Madre; y si bien el estado de España no les permite asistir á los Concilios de Efeso y de Calcedonia, entre el Episcopado universal brillan en ellos como astros de primera magnitud por sus escritos y sus consejos, vindicando contra Nestorio y Eutiques los privilegios de la Madre del Dios hecho hombre.

Más tarde, cuando muchos obispos de las Galias casi no sabían leer y el Papa Agathon lamentábase de no encontrar en toda Italia un hombre apto para desempeñar la embajada de Constantinopla, entre otros muchos produjo España de una sola vez varones mil de la talla de Masona, Donato Abad, Liciniano de Cartagena, Severo de Málaga, San Juan de Valclara, San Eutropio de Valencia y los tres hermanos San Leandro, San Fulgencio y San Isidoro, merced á cuyo saber y virtudes, la fe de España y su entusiasmo por María pudo ofrecerse por modelo al mundo católico.

Todos aquellos hombres insignes demuestran su ardiente devoción á la divina Madre, y logran cautivar á suevos y godos que, no pudiendo ya resistir al poder de tantos atractivos, sienten en su corazón apremiante necesidad de alimentarlo con la fe católica.

Entonces, un príncipe godo á quien formó San Leandro en el amor de la Virgen, el héroe San Hermenegildo, da su sangre en testimonio de nuestra fe. La Virgen hace caer una gota de aquella sangre real en el corazón del hermano del príncipe mártir, y Recaredo devuelve á España la unidad y libertad de

la Religión, abrazando nuestra fe con todos los príncipes y magnates de su corte.

IV.—Un preclaro historiador moderno ha dicho: «España, á mediados del siglo VII, podía blasonar de ser la más culta, la más morigerada, la mejor gobernada del mundo; podía presentar la mejor colección canónica y el Código mejor de la época; podía también considerarse como la única que conservaba la liturgia más pura, que hablaba el latín más correcto y elegante, que tenía un Episcopado santo, sabio y compacto».

El Código de aquella época, el *Fuero Juzgo*, es el esfuerzo de la civilización cristiana, que iniciando la abolición de la esclavitud, conteniendo el poder de los grandes, favoreciendo los derechos del pueblo, en una palabra, respondiendo admirablemente á las necesidades de la Iglesia, fué más práctico y eficaz, si no teóricamente más sabio, que las compilaciones de Justiniano y otras legislaciones famosas, y sirvió de modelo á muchos legisladores europeos.

Mas toda aquella gloria acabó con los dos últimos reyes godos, corrompidos y corruptores.

«Dios castiga á los que ama», dijo el Apóstol.

Según esto, podríamos discurrir por el terreno de las conjeturas para probar que Dios amaba á los españoles más que á los de otros países, al menos en cuanto se relacionaban con el desarrollo exterior de su plan divino, cuando tan tremenda irrupción consintió que abatiese á la España del siglo VIII.

No es, empero, el terreno del amor á donde queremos llevar á nuestros lectores, mayormente sabiendo que «en Dios no hay aceptación de personas»; es más bien el terreno del castigo.

Pero ¿será del todo acertado considerar la invasión de los árabes exclusivamente en este sentido? Creemos que no. ¿Acaso la liviandad de D. Rodrigo, el poco recato de la Cava, la sed de venganza de don Julián y otros pecados aislados, podían ser razón

suficiente, á juicio humano, para castigar tan terriblemente á toda una nación por más de siete siglos?

Se dirá tal vez que el espíritu cristiano de la nación se había relajado tanto, que convenía en fuerza de un gran castigo llamarle al primitivo fervor. La historia niega tan gran relajación; pero aunque existiese, ¿es adecuado un castigo cerca de ocho veces secular, y á todas luces espantoso, para purgar algún pecado ó renovar el espíritu de observancia? ¿No dijo el Señor al Padre de los creyentes que por diez justos dejaría de castigar á la ciudad pecadora?

¡Más de diez justos habría en España!

Demos, sin embargo, que no los hubiese á la entrada de los árabes. ¿No es verdad, con todo, que los hubo muy pronto, como luégo nos probarán Pelayo y sus héroes? ¿A qué fin, pues, prolongar el azote hasta hacerlo casi milenario?

No debemos escudriñar audazmente los adorables designios de la Providencia; pero lícito nos es reflexionar sobre ellos para adorarlos y glorificar á Dios.

Concedamos gratuítamente que España merecía un castigo; mas, puesto que no era natural el dárselo tan tremendo, convengamos en que algo más que castigar á España se propondría la amorosa Providencia de Dios.

Ahora bien; ¿en qué consiste ese algo más que Dios se proponía?

Si se tiene en cuenta la sentencia de Jesucristo sobre la necesidad de las herejías y de los escándalos, y por otra parte se considera la rápida y natural multiplicación de los sectarios de Mahoma, tal vez se encontrará la llave de lo que buscamos.

Dada, pues, aquella secta inmunda, dada su multiplicación prodigiosa, por Dios permitida en sus designios inescrutables, y dado el fanatismo avasallador de cuantos la profesaban, ¿no era de temer una irrup-

ción que hundiese en ruínas á toda la Europa? Sin duda alguna.

Convengamos en todo esto, inclinada la cabeza para adorar ciegamente las inaccesibles miras de la divina Providencia.

Sin embargo, había un pueblo que podía dominar á la maldita secta, y este pueblo era el más amante y más favorecido de aquella Reina de las victorias que es «terrible como un ejército puesto en orden de batalla».

Si la irrupción hubiera comenzado por otras naciones, es casi seguro, humanamente juzgando y supuestas las condiciones de la época, que se hubiera paseado triunfante por vastísimos territorios, dominando imperios y continentes.

Por eso Dios determinó que comenzase por España. España, con su sangre encendida, su fe ardiente, su devoción á la Virgen, su amor á la independencia, su carácter belicoso nunca abatido y su heroísmo de muchos siglos heredado, podría dominar lo que no podían otras naciones de menores aptitudes.

El único monarca de quien pudiera sospecharse que, por los grandes ejércitos que podía reunir en su vasto imperio, sería capaz de contener las hordas invasoras, era Carlo Magno; pero Carlo Magno ascendió al imperio medio siglo después de la invasión; Carlo Magno tenía que dividir sus fuerzas para dominar la Aquitania, la Lombardía, la Sajonia, la Baviera, la Bretaña, la Hungría, la Esclavonia y la Bulgaria; y aun cuando su poder no hubiera tenido que dividirse entre estos pueblos y el sarraceno, no siempre fué ejercido en consonancia con los intereses de la nación cristiana invadida, ni fué tanto que pudiese equipararse al de esta, como la suerte de las armas lo probó en la batalla de Roncesvalles.

Carlo Magno venció á los sarracenos en repetidos encuentros; pero si las fuerzas que ellos necesitaban

para luchar sin tregua contra el increíble heroísmo de los restauradores del Pirineo y de la Cantabria hubieran podido acudir á la lucha contra el emperador, ¿no es probable que la media luna hubiera triunfado del imperio?

Síguese, por ende, que España era la única nación capaz de abatir la altivez de la raza agarena, como que desde los romanos hasta el presente siglo ha dado pruebas evidentes de ser la más valerosa de toda Europa, sobre lo cual hemos de aducir brillantes testimonios de algunos extranjeros.

Además, convenía que los siglos venideros entendiesen de una manera clara y evidente, que «no está el vencer en el número de los ejércitos—como á los suyos decía el Macabeo,—sino que del cielo viene la victoria»; convenía que entendiesen cuánto puede un ejército que lucha con fe por la fe y tiene á la Virgen por Capitana suya y aclamándola pelea las batallas del Señor.

Aquel, pues, que encerró los mares en círculo de arena que no transpasarán, detuvo también la invasión mahometana ante fronteras de montañas que jamás pudo doblar á su gusto para invadir á los antiguos pueblos de Europa.

Es más; un día España tomará venganza de aquellos pueblos bárbaros: Africa y Asia serán nuestras; Dios lo ha dicho y su palabra debe cumplirse.

La Virgen y España en la guerra de la Independencia.

En nombre de la Religión ultrajada se hizo aquella guerra, más bien que en nombre del rey cautivo, y en esto convienen todos los historiadores modernos que saben juzgar de los acontecimientos.

Por eso nuestros bravos guerrilleros iban por los montes orando en los santuarios de la Señora, y rezando el Rosario, para salir llenos de valor y caer

sobre el enemigo y destrozarle y cubrirle de ignominia y arrojarle allá á las tierras fatídicas de donde nos vino la invasión de los tiranos y de las ideas.

El Conde de Toreno, por no citar testimonios más piadosos, no puede menos de dejar entrever diferentes veces en su *Historia del levantamiento, etc.*, la confianza de aquellos intrépidos guerreros en la divina Capitana que santifica nuestras montañas.

Al hablar de Monserrat, v. gr., dice después de consagrar un bello párrafo al célebre Santuario:

«Tan venerable albergue habíanle convertido los españoles en militar estancia durante la actual guerra, fortificando las avenidas».

Si el espacio lo permitiese, no sería este el único lugar que aduciríamos del esclarecido conde, en corroboración de la parte que obtuvo la Virgen en la completa victoria sobre las armas francesas.

De manera, que evocando nuestros padres con motivo de aquella victoria inmensa el recuerdo de todas las victorias pasadas, nunca quizá se dirigió tan justamente á la Virgen aquel grito entusiasta de los hijos de Betulia. *Por tí ha aniquilado el Señor á nuestros enemigos. Tú eres el honor de nuestro pueblo.*

Pudiera decirse que los liberales afrancesados obscurecieron esta gloria española; pero si es verdad que ellos degradaban á la nación y la convertían en ridículo simio de la francesa, si es verdad que envilecían su patria desde la ciudad en donde se alza Reina la Virgen de la Palma, también lo es que los hijos de la Virgen sublimaban con su heroísmo la ciudad de la Almuneda, de Atocha y de la Paloma con la del Pilar, la de los Desamparados y otras muchas; y que si aquellos rasgaban nuestra legislación con modificaciones radicales y disolventes, también los amantes de María sabían despreciarlas invocando sus leyes, sus tradiciones y sus costumbres.

«Una batalla, dice Lamennais, bastó para conquistar á

Prusia; pero después de treinta victorias, España se conservaba como en un principio. Se derrotaba un ejército, al punto nacía otro... Si hubiese reinado en esta noble nación la filosofía, estaría gimiendo bajo una dominación extranjera».

Pero reinaba el amor de la Virgen y salió victoriosa.

«Lo que ha pasado en nuestros días en España, dice el mismo autor en otra parte, hace ver muy palpablemente que la Religión es la mayor fuerza de la patria. Nunca se olvidará aquel grito generoso inspirado por su catolicismo á todo un pueblo: *¡muramos por la justa causa!*

«Y los nobles esfuerzos de este pueblo fiel y católico por conservar su independencia, esfuerzos que coronó la victoria, y debía necesariamente coronarlos, son más notables aún por el contraste de debilidad, ó pudiera decirse cobardía de otras naciones».

Esta notable confesión de Lamennais nos recuerda otras dos no menos acreedoras á nuestro agradecimiento, hechas también por escritores franceses y dignas de que las copiemos aquí.

«¿Cuál fuera el estado de Europa, pregunta Clausel de Conserges, si los españoles, en vez de haber conservado en todo su vigor aquel espíritu de cristianismo que hace que se tenga por nada el perder la vida cuando se trata de conservar la Religión, corrompidos y relajados por el epicureísmo moderno, hubiesen quedado sujetos al dominio de Bonaparte y le hubiesen entregado sus hijos para hacer la guerra á Europa?»

Mr. Bignon ha demostrado también cuáles fueron los resultados de la resistencia de España al nuevo Atila. He aquí algo de lo que dice:

«Si después de la dilatada lucha que ha sostenido durante veinte años el gobierno británico, ha quedado dueño del campo de batalla, ¿á quién la debe? ¿á su política, á sus tesoros, al continente entero? No, á un aliado solo, á la nación española.

»La Prusia, despues de una empresa temeraria, fué aniquilada... ¿Quién será, pues, el que intercederá por la Prusia? Una potencia que no negocia sino con la espada en la mano; la España, la España sola, obligando á llevar ciento cincuenta mil hombres á la otra parte del Pirineo...

»Napoleón está en Viena segunda vez. Todos los obstáculos se le allanan, prodígale la victoria sus laureles en el campo de Wagram; se detiene y negocia. Estando en su mano extender más allá sus conquistas, sólo anhela firmar la paz. ¿Cuál es la fuerza superior que le inspira tan repentinamente esta moderación inesperada? ¿Quién salva al Austria del enojo de un enemigo vivamente ofendido? El mismo auxiliar que salvó á la Prusia; la nación española.

»Una guerra vastísima conduce á Napoleón á Moscow; el vencedor de Smolensko y de la Moscowa vuelve fugitivo á París... ¿Dónde están aquellas huestes aguerridas cuya presencia le volvería su dominación pasada sobre la Alemania y la Polonia? ¿Quién las detiene, quién las ocupa, cuál es el enemigo infatigable que batieron ayer y las desafía hoy á nuevos combates? ¿Quién salva, en fin, á la Rusia, como á la Prusia y al Austria? La nación española.

»El carácter moral de España es una adhesión invencible á la Religión. Esta nación se ha visto sorprendida otra vez en 1820 por un ejército revolucionario, formado en gran parte de todos los foragidos de Europa, atrincherado en aquella inmensa Península, y amenazando ó insultando desde allí á todas las monarquías. Si la religión no hubiese conservado su influjo en España, si el pueblo hubiese obedecido á los revolucionarios, hubiéranse necesitado para combatirlo las fuerzas de todas las potencias del continente europeo; y con las inteligencias que tienen los liberales en todas partes, ¡cuán difícil y sangrienta hubiera sido esta lucha y á cuántos riesgos hubiera expuesto la Europa!»

Ni más ni mejor podríamos decir nosotros; el diputado francés merece eterno reconocimiento de los españoles.

Ahora ya comprenderá el lector el secreto de la Providencia al permitir que España fuese invadida por los franceses y reinvadida por los más viles revolucionarios de Europa.

Así como los árabes se hubieran apoderado de todo el continente europeo si España no hubiera estado aplastando su fuerza durante siete siglos, así Napoleón hubiera oprimido á todos los pueblos, si el de la Virgen no hubiera quebrantado y aniquilado su poder; y puesto que España lo es todo por María, y que María intervino directamente en estos sucesos,

como hemos visto ya, á Ella deben atribuirse todas estas glorias.

Conviene no perderlo jamás de vista: nuestras victorias no se deben tanto á pericias militares como á la confianza en María que abriga el pueblo español, y al entusiasmo que Ella nos ha inspirado siempre para defender esta patria que es su Patrimonio.

He aquí lo que en confirmación de esto escribe el citado Mr. Bignon:

«La Providencia parece haber permitido, para que no quepa duda de que la Religión es el único móvil de la resistencia de España, que en las dos guerras contra la revolución mandadas por Bonaparte diez años atrás y ahora por las Cortes, los grandes de aquel país hayan como renunciado á su derecho natural de ser los caudillos del pueblo, y que el ejército de la verdadera España no haya podido titularse sino el *ejército de la fe*».

Y *de la Virgen*, hubiera podido añadir, si se hubiese hecho cargo de lo que en España es el sostén de la fe.

IV

Un gran pueblo.

Grandezas de España después de la Reconquista.

I.—Convenía al plan de la Providencia que las hordas descendientes de Ismael fuesen quebrantándose y anonadándose en España, á medida que por otros designios de la Providencia iban multiplicándose allende el Mediterráneo. De no sufrir aquel quebranto al andar de ocho siglos, ¿qué pueblo las hubiera podido contener, si hasta el imperio de Oriente cayó muerto al filo de su alfanje? Dios confió á España aquella misión, y la Virgen fué el alma de aquella epopeya.

Siglos duró la lucha y siglos combatió al frente de sus ejércitos españoles la Virgen que, siendo toda amor y dulzura, es también «fuerte como la torre de David», «terrible como ejército en orden de batalla». Nuestros cruzados la declararon desde un principio su Capitana, ciñéronla con la banda de Generalísima, pusiéronla en sus banderas y en sus escudos, y no sin invocarla presentaban á los invasores aquellas batallas memorables que obscurecieron la remembranza de todas las antiguas y dejaron la tierra muda de espanto.

Siglos duró la lucha, y siglos anduvo el Apóstol de la Virgen acompañando á sus cruzados en los campos de batalla. *¡Santiago y cierra España!* Este era el grito de guerra que enardecía á nuestros valientes; y tantas glorias conquistaron invocando al Apóstol, que fueron innumerables como las estrellas; y tan mezquino les parecía el mundo para contener lo que del cielo venía, que llevaron su epopeya á los astros,

llamando á la «Vía Láctea» *Camino de Santiago*. «¡Numera stellas si potes!».

En las profundidades del Tártaro vencido, resonó un horrendo rugido de terror y de rabia lanzado por Luzbel que devoraba el despecho de su derrota, y en las alturas del empíreo se decretó el premio de la heróica España, constituyéndola dueña de mares y de mundos.

¡De mares y de mundos!... ¿No es ilusión mía?

¡Oh, no! Eso que en otras naciones se llama temeridad legendaria, no pasa de ser aquí una herencia de raza y como una condición esencial de nuestro ser. Pelayo, con un puñado de valientes destrozando en las breñas de Covadonga el poder de la Media Luna; los Cides, Alfonsos, Jaimes, Fernandos y mil héroes más, vulgarizando los prodigios de la epopeya; Pérez Correa, reproduciendo el milagro de Josué; Hernando del Pulgar, clavando el *Ave-María* en la mezquita de Granada...

No sigas; repara el niño misterioso que vió el gran convertido de Centumcelle con una conchita en la mano para vaciar los mares... ¡Vacíalos tú si puedes!

En esta escuela de heroísmo presidida por el Dios de los Ejércitos y protegida por la Reina de las Victorias, todos los discípulos han salido héroes.

La escuela se abrió en los desfiladeros de Euskaria. Roma primero y Carlo-Magno después, cayeron allí. Extendióse á la derecha con los astures, á la izquierda con los almogávares, al frente con los castellanos. No hubo lugar bastante en la península ibérica, y como la piedrecita de Daniel, se extendió hasta ocupar el mundo.

Los españoles se sentían gigantes: ¡niños hubiéranles parecido á su lado los Titanes de la fábula!

Creyentes de fe difusiva y avasalladora, guerreros por carácter y por costumbre, herederos de una sangre que venía hirviendo en la patria llama de veinte siglos,

necesitaban continentes para comunicarles la exuberancia de su vida y el Océano con todas sus brisas para refrigerar su ardor.

Levantaron entonces su indomable cerviz más allá de las alturas de mar y tierra que cerraban el horizonte de España, y preguntaron al Angel de las conquistas dónde había un mundo que someter al cetro de la Virgen y al poder de su pueblo.

Entonces apareció Colón señalando el Nuevo Mundo á través de mares desconocidos; entonces fué borrado aquel vetusto *non* de las columnas de Hércules; entonces se leyó: *plus ultra*, más allá; y las naves españolas se lanzaron impávidas á surcar aquellos mares y conquistar aquel mundo.

II.—Mientras de ese modo el pueblo de la Virgen llevaba á remotos países su dominación salvadora en cumplimiento de la misión que Dios le había confiado, su celo y su poderío avasallaban de la misma manera á los ejércitos del error que hacían de la Europa cristiana un vasto campo de prevaricación y de muerte.

España señaló á los errores y á las armas un límite que no habían de franquear, que no franquearon, y ella rebasó aquel límite para perseguirlos y vencerlos en el seno de otras naciones.

Italia, Austria, Alemania, los Países Bajos, Inglaterra, Portugal: he ahí los nombres de nuestros dominios en Europa. ¡Cuántos ejércitos de herejes cayeron vencidos por las valerosas armas de Carlos I y Felipe II en algunos de esos países!

No es mucho, cuando otros que no estaban sujetos al dominio de España, recibieron de ella socorro y salvación.

¿Quién reparó en Inglaterra las hecatombes y los escándalos de la *reina-verdugo*, sino Felipe II con su esposa María Tudor? ¿Quién libró á París y Rohan de los ejércitos del hereje Enrique de Borbón, sino los

tercios españoles al mando de Farnesio? ¿Quién libró de la garra del turco á la isla de Malta, sino los españoles que á sus órdenes tenía La Valette y los 6.000 que se le enviaron de refuerzo?

Lepanto: he aquí otra de las jornadas con que el heroísmo español salvó la Europa, al paso que el rey *tres veces* cristiano andaba en inteligencias con el mismísimo Solimán. Allí cayó hundido para siempre el poderío naval de la Media Luna, en términos que San Pío V no temió, en un transporte de entusiasmo, aplicar á Juan de Austria lo que Jesucristo dijo del «más grande de los nacidos de mujer»: *Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes.*

Jamás el sol había enviado su luz á un pueblo tan heróico. Los fabulosos imperios de Alejandro, Darío y Octavio, fueron como su sombra profética. ¿Por qué se ha de censurar la frase de que el sol no se ponía jamás en los dominios españoles? ¿A eso llamáis hipérbole? Pues oíd la verdad:

Yo he visto en el mundo de la historia una nación que levantó su victoriosa frente á las nubes, que pasó las nubes, que cruzó los astros, que llegó hasta el sol y lo engarzó como perla en su corona. ¿Y queréis que el sol se pusiera en sus dominios?

En verdad, no es un despropósito literario decir que España hizo rendir vasallaje al sol de la naturaleza á fuer de humilde esclavo, cuando igual vasallaje le rindió el sol de la verdad y de la ciencia. En aquellos tiempos que la hipercrítica protestante y liberal nos presenta fuliginosos con las densas sombras del despotismo y de la Inquisición, personificados en el *fanático* Carlos I, en el *mónstruo* Felipe II, en el *beato* Felipe III, en el *monjero* Felipe IV, y así sucesivamente, España daba al mundo lecciones de santidad, de arte y de sabiduría al amparo de sus Monarcas.

¿Los nombres de nuestros santos, de nuestros sabios, de nuestros artistas? Todos los ven y nadie los

cuenta, porque imposible es contar las estrellas de ese cielo rutilante.

Poco amigo del Doctor Angélico y de su escuela es un célebre escritor de nuestros días; y sin embargo, ese escritor ha dicho con entusiasmo que el Doctor y su escuela nos pertenecieron «por derecho de conquista».

Pues conquistas de esa índole no se hacen con un centenar de soldados.

Y ¿qué significan, sino conquistas análogas, las escuelas de los Luises, los Cervantes, los Lope y los Calderón, la majestuosa y afiligranada arquitectura de nuestras catedrales, la pintura sin rival de nuestros museos?

Verdad es que Góngora y Churriguera, bebiendo su loca inspiración en fuentes exóticas, deformaron por algún tiempo la literatura y las artes; pero la ciencia siguió brillando imponente y serena; la Patria de Cano, de Soto y de Garay, que así dió ser á los Lugares Teológicos y á la Filosofía del Derecho, como descubrió los arcanos del vapor, fué también la de Martínez de la Mata, que dió á los Estados la Economía Política.

Y todavía en las artes tuvimos maestros que, como Claudio Coello, se elevaron á inmensas alturas, y literatos que, como Torres Villarroel, pusieron un dique á las extravagancias gongoristas, sin faltar en otros ramos ingenios como el de Francisco Martí, que inventó la Taquigrafía con una perfección no superada después.

Poco más de un siglo hace que el enciclopedista Masson preguntaba: *¿Qué se debe á España?* Un abate italiano le contestó en la Academia de Berlín, y aquel discurso académico fué seguido de apologías tan notables como la de Forner, que sin discusión declaraban á España maestra del mundo.

Sombras parecían, comparadas con su esplendor,

las glorias de todos los pueblos y de todas las edades. ¿Hay quienes lo ignoran? ¡Y qué le importa al sol que los ciegos no vean los torrentes de su lumbre!

Levantaba su espada aquel pueblo, y el infierno y sus secuaces temblaban de espanto; hablaban sus Monarcas, y el mundo obedecía en silencio sus órdenes; pronunciaban sus santos y sus sabios los dogmas de la verdad, y de hinojos recibían las escuelas sus oráculos; revelaban sus artistas los secretos de la belleza, y el arte se quedaba en donde quiera mudo de asombro.

Ved si encontráis á través de las centurias una nación tan favorecida del cielo. ¡Oh! *non fecit taliter omni nationi!*

III.—Nuestra riqueza había casi desaparecido con Felipe II, aunque no la sangrienta guerra de Flandes. Su hijo Felipe III, ceñida apenas la corona, declaraba á las Cortes que el Patrimonio Real estaba del todo exhausto y que él no había heredado del rey más que el nombre. No obstante, ese fué el rey que, hollando la economía de la carne cuando la economía del espíritu y la tranquilidad de sus Estados se interesaban, expulsó á los moriscos...

¡Oh! al pronunciar esas palabras has reabierto la herida: despiértanse vertiginosas las iras de todos los novadores, acometiendo la memoria de aquel rey que nos privó de la raza artista y productora que levantó la Alhambra y creó la huerta de Valencia y robó á la industria sus milagros. ¡En la miseria y en el caos nos dejaba aquella expulsión!

¡Pobres hombres los que así piensan! ¿qué culpa tienen ellos de haber nacido romos?

Venid acá y decidme, críticos desdichados: ¿por qué la raza de vuestros amores no hizo fuera de España lo que en ella decís haber hecho? ¿Sabéis de cuánto es capaz esa raza? El Africa con su *espléndida civilización* os lo está diciendo desde fines del siglo XV.

¡Eran los españoles, oh críticos contrahechos, eran

los españoles quienes habían enseñado á moros y moriscos todo eso de que vosotros les dais privilegio de invención!

Tan quebrantada quedó España con la expulsión de los moriscos, que ni en Flandes pudieron vencerla los ejércitos armados de cuatro naciones, ni después Luis XIII, aliado con las Provincias Unidas, ni luego el poderoso Luis XIV que, aliándose con unos y con otros, estuvo en guerra con ella toda su vida.

Si Luis XIV hubiera visto desnuda sobre su cabeza la espada que desde Roncesvalles pasó de victoria en victoria hasta Pavía y San Quintín, acaso hubiera desistido de las innobles guerras que por todo fruto le habían de dar las pérdidas y las ignominias á que hubo de sujetarse en Gertruydemberg y en Utrech.

Decaída como nos la presentan, España sabía vencer al mundo contra ella conjurado. Capitulaciones como las de Courtray y Luxemburgo, defensas como las de Gerona, Orán y castillo del Morro de la Habana y retiradas como las de la flota de Lángara, bastan para inmortalizar á un pueblo; y si se quiere, aun derrotas como la de Trafalgar, en donde brillan, junto á la impericia de Tourville, la inteligencia y el heroísmo con que Gravina y los suyos eclipsaron la fama que tendida quedó sobre el cadáver de Nelson.

Pero hay más; hay victorias tan célebres como las de Ostende, Loken, Grol, Riuberg, Breda, Èbora, Mamora, Tréveris y Lérida; hay reconquistas como las de Gravelinas, Dunkerque, Barcelona y Rosellón, en donde aquellos *débiles* reyes Felipe III, Felipe IV y Carlos II demostraron á las Potencias el valor de España. Y en seguida, á cambio de nuestras pérdidas en el Rosellón y Franco Condado, hay las conquistas de Cerdeña, Sacramento y la Luisiana; hay las reconquistas de Orán, de la Habana, de Menorca, de Nápoles, de Sicilia, de la Trinidad y de las Floridas; hay victorias como las de Almansa, Brihuega, Villaviciosa, Campo

Santo y Corfú; hay en América rebeliones vencidas como las de Tupac Amaru y otras varias.

¿Se quiere más? Pues pídase á los Titanes de la fábula que vuelvan al mundo y se rebelen contra Júpiter y escalen el cielo.

Nuestro progreso pasado, presente y futuro.

I.—La Isla Cana, una de las Hébridas, á manera de imán fabuloso, atrae y desorienta la brújula con sus efluvios magnéticos de colosal potencia. La de Bornholm, en el Báltico, aun es más temible. ¿Por qué el piloto se ha de exponer á un error de muerte, no evitando la proximidad de estas islas, si sabe que están rodeadas de bajíos que han destrozado millares de buques sin orientación y que destrozarán el suyo?

Los españoles somos brújula desorientada que tiende hacia los escollos magnéticos del régimen liberal y hace navegar la nación con rumbo á la muerte. ¿Cuándo cesará la atracción maléfica? ¿Cuándo nos determinaremos á volver al polo de nuestra libertad, huyendo de los efluvios del liberalismo? ¿No es ya cuestión resuelta que los intereses de la Patria no son los intereses de estos gobiernos que explotan el bien común, ley fundamental de toda sociedad, en beneficio de sus egoísmos dinásticos?

Así como el canijo trono de Isabel II se fundó sobre lagos de sangre inocente derramada al pie del altar, y sobre el botín del inmenso robo llamado desamortización; así como el de su hijo se fundó en los medios de no ser rey tronado si fuese destronado, máxima que diz le hizo llevar sumas fabulosas á un banco extranjero, dejando estela; así quieren los liberales que el del nieto se funde sobre los trapajos de nuestra miseria.

Todo lo sacrifican á ese trono vacilante para que no se derrumbe y les haga caer con él; nuestros bienes,

nuestras fuerzas productoras, nuestros hijos, nuestro honor, nuestras colonias...

Cuajados de miedo ante la tempestad que empieza á rugir, paréceles ver ese trono convertido en sombra lívida de la muerte ó en alcázar agrietado, á los que alumbra la luz siniestra de un relámpago en noche tenebrosa, y agítanse en medio de las tinieblas para rodearlo de puntales de grasa y echar conjuros al nublado amenazador.

Nuestros padres hicieron caer alguna vez los tronos por la Patria, y la engrandecieron: éstos hacen caer la Patria por su trono, y la matan.

«El Rey para la Patria, la Patria y el Rey para Dios»,—dice la Tradición.

«Dios y la Patria para el rey... y el rey somos nosotros,—dicen ellos.—De ahí que lo centralicen todo más brutalmente que los filisteos.

»Todo Israel tenía que acudir á ellos para afilar la reja, el azadón, la segur y el escardillo: por eso estaban embotados los filos de las rejas y azadones y horquillas y segures, y hasta para comprar una aguijada había que acudir á ellos».

¿Cómo han de progresar las ciencias, las artes, la agricultura, la industria, el comercio, al amparo de semejantes hombres? ¿Qué lugar han de tener las aspiraciones del alma que tiende al cielo, en un país víctima de tiranos que no buscan más que las grosuras de la tierra?

¡Cuán simpático y benemérito aparece el tirano Demetrio en el sitio de Rodas, protegiendo con fuerte guardia los trabajos de Protógenes, si le comparamos con esos tiranos del día...!

Los ingenios contemporáneos españoles con sus invenciones y adelantos, ¿no son otros tantos padrones de ignominia para los perversos que los han despreciado y oprimido?

Hubiéranse dedicado esos ingenios á formar ka-

tipunanes como Morayta ó á descubrir esqueletos de burro como Odon de Buen, y su suerte fuera muy otra.

En aquellos tiempos que se dicen de tiranía y de barbarie, brillaban los sabios, y el obrero tenía pan: hoy, con gusaneras hediondas ó sistemas preñados de colosales desatinos, vivimos muriendo como invadidos por mil plagas faraónicas.

Entonces nuestra exportación era mucho mayor que la importación: hoy hasta los botones de la guardia civil se hacen en Francia, mientras aquí todo languidece, todo muere de consunción, incluso el obrero, que no tiene trabajo y se ve en el estrecho de pedir limosna ó robar para no morirse de hambre con su esposa y sus hijos. ¡Más de 200.000 obreros sin trabajo hay ordinariamente en España!

¿Por qué sus infelices esposas no toman en brazos á sus tiernas criaturas y con ellas se presentan al gobierno y le piden un bocado de pan? ¿Hay Admeto que se resista, viendo á sus pies al desventurado Temístocles con un niño en los brazos?

¡Ah, Dios mío! ¡qué estoy diciendo! No, madres, no pidáis pan para vuestros niños, dejadles morir de hambre y morid vosotras con ellos, porque los asesinos de Río Tinto pueden todavía acechar la ocasión de hacer caer bajo una lluvia de balas á padres y madres y niños, y hartarse con esa horrible provisión de escabeche humano.

Populus meus mutavit gloriam suam in idolum. Abandonasteis la gloria de la Tradición religiosa y monárquica por el ídolo de la libertad, y el ídolo exige más víctimas que el becerro de oro, traga más idólatras que el legendario Swami de los indios.

¿Cuándo, Dios mío, cuándo vendrá un Moisés que reduzca á polvo ese becerro infame y lo haga beber á los idólatras que lo fabricaron, para que revienten como los de las faldas del Sinaí?

Pudiera ser que no tardase, porque muchos son los síntomas y augurios que indican estar ya colmada la paciente ira de Dios sobre los opresores y satisfecha su justa indignación sobre los oprimidos.

¿Quién es el enviado? Un candidato á quien considero dichas estas palabras del Señor:

«Él salvará á mi pueblo de las manos de los filisteos, porque yo he vuelto los ojos hacia mi pueblo, por cuanto sus clamores han llegado hasta Mí».

II.—Cuando el pensamiento se eleva sobre la invasión de los sistemas liberales y contempla los tiempos aquellos en que el español Martínez de la Mata inventaba la Economía Política á la luz de los principios económicos de nuestros Gobiernos tradicionales, no es la nostalgia del bien perdido lo que siente el corazón, no es esa melancolía abrumadora que da la caída de una grandeza: ¡es un volcán de ira lo que siente el corazón al comparar tiempos y tiempos!

Allá en aquellas épocas que el embustero liberalismo tacha de barbarie y de opresión, en 1460, un pregón de los Conselleres de Barcelona prohibía absolutamente el uso de lanas extranjeras, con lo cual se conjuró una gran crisis y tuvieron trabajo millares de obreros.

Ejemplos como este abundan en nuestra historia.

Entonces se progresaba protegiendo, al paso que ahora se quiere progresar oprimiendo y dilapidando. Entonces se amaba todo lo del país.

Tiempo de grandes disturbios suele ser también de grandes tiranos: en España no fué así hasta Fernando VII, salvo raras excepciones.

Sus Monarcas eran los amigos del pobre, los primeros en respetar la ley, los protectores de la industria y del comercio, como de las ciencias y las artes, y los mantenedores de los fueros y de todas las libertades cívicas. Por eso España era grande.

Una corta meditación no da tiempo de pensar en